EN SEVILLA, LOS SECRETOS NUNCA DESAPARECEN... SOLO CAMBIAN DE BAR.

Ricardo "El Niño del Chicharrón" no solo era el rey de la fritura en Triana.
También guardaba un secreto que le costó la vida.
Antes de morir, alcanzó a susurrar una advertencia:
"No confiéis en los del aceite."

Desde ese momento, Pimiento y Copa,
dos investigadores de poca monta y aún menos suerte,
se ven arrastrados a un caso que huele a corrupción,
poder y traiciones tan viejas como el propio barrio.

Entre bares de siempre, vecinos que lo saben todo,
empresarios con sonrisas de aceituna y policías que miran
para otro lado, nuestros protagonistas descubrirán
que en Sevilla nada es lo que parece...
y que el verdadero peligro no siempre está
donde se fríe.

NOVELA NEGRA. HUMOR SEVILLANO.
AMISTAD IMPROBABLE.
Y UN ASESINATO QUE ES SOLO EL PRINCIPIO.



«Una novela que huele a Sevilla, a verano y a peligro.»
— LECTOR DE TRIANA

«Pimiento y Copa son la pareja que Sevilla no sabía que necesitaba.»
— BLOG ENTRE LIBROS



SOBRE EL AUTOR

ANTONIO MARIN SAMPEDRO

Nacido en Sevilla en 1985.
Sevillista y macareno por la gloria de Dios.
Enamorado de su familia y de su tierra.
Escribe historias con alma sevillana,
humor y verdad.

EL MUERTO DE TRIANA

ANTONIO MARÍN SAMPEDRO

UN CADÁVER. UN MENSAJE.
UN SECRETO QUE HUELE A PELIGRO.

EL MUERTO DE TRIANA

UNA NOVELA DE MISTERIO Y HUMOR
CON PIMIENTO Y COPA



ANTONIO MARÍN SAMPEDRO

EL MUERTO DE TRIANA

Por Antonio Marín Sampedro▪

A mi mujer, María, por ser el norte, el sur y la risa constante. Sin tu paciencia y tu luz, este misterio seguiría sin resolver en mi cabeza.

Y a mis hijos, Candela y Marco, mis mejores chicharrones. Que nunca os falte la curiosidad ni el arte para crujir ante las dificultades.

Os quiero.

Contenido

CAPÍTULO 1: EL MUERTO DE TRIANA
CAPÍTULO 2: EL BAR DE LOS SILENCIOS
CAPÍTULO 3: LA RECETA MALDITA
CAPÍTULO 4: EL FBI DE LAS VECINAS
CAPÍTULO 5: LA FÁBRICA DE LAS SOMBRAS
CAPÍTULO 6: EL ESCAPE DEL ADOBO
CAPÍTULO 7: EL REAL DE LAS SOMBRAS
CAPÍTULO 8: TRAICIÓN CON OLOR A INCIENSO
CAPÍTULO 9: DUELO BAJO EL ALTOZANO
EPÍLOGO: LA ÚLTIMA TAPA

CAPÍTULO 1: EL MUERTO DE TRIANA

El calor en Sevilla no se sufría; se negociaba. Había ciudades donde el verano era una estación amable, una sucesión de terrazas con encanto, linos claros y anuncios de cerveza helada. Sevilla no. Sevilla en julio era una discusión violenta entre el cuerpo humano y la voluntad de seguir viviendo.

El aire quemaba. Y no era una metáfora literaria: quemaba de verdad. El calor subía desde el asfalto como si alguien hubiese instalado brasas bajo el alcantarillado, emanaba de las fachadas blancas de Triana y de los coches aparcados que acumulaban grados como si quisieran fundirse. Los sevillanos, sin embargo, llevaban siglos confundiendo el sufrimiento con la tradición, y por eso las terrazas seguían llenas de gente con un color rosado preocupante que anunciaba una futura insolación europea.

Triana hervía. La calle Betis era una cacofonía de motos acelerando, turistas perdidos y un río que exhalaba una mezcla imposible de humedad, gasolina, fritura y colonia barata. Sevilla olía siempre un poco a fiesta y un poco a catástrofe. Quizá por eso resultaba tan difícil abandonarla.

En la terraza de **Casa Miguelito**, los ventiladores giraban con una tristeza mecánica que no aliviaba a nadie; solo cambiaban el aire caliente de sitio. Un camarero cruzó la jungla de mesas con doce cervezas en un equilibrio que desafiaba las leyes de la física. —¡ANTONIO, LA MESA OCHO QUIERE OTRA DE PAVÍAS! —rugió hacia el interior. —¡PUES QUE ESPEREN, QUE YO NO SOY UNA IMPRESORA! —le respondieron desde el vapor de la cocina.

Nadie se extrañó. En Sevilla, los camareros discutían con la intensidad de los actores del teatro clásico.

Al fondo, bajo un ventilador que sonaba como un helicóptero cansado, estaban Pimiento y Copa. Discutiendo, como casi siempre. Pimiento vestía una camisa roja abierta hasta un punto donde la

dignidad empezaba a correr peligro; sus gafas de sol colgaban del cuello y su pelo parecía haber perdido una pelea reciente contra el poniente. Copa, en cambio, era un hombre que aún conservaba la esperanza de ser tomado en serio por Hacienda: americana oscura, camisa impecable y botines limpios. Parecía un abogado elegante atrapado por error en un documental sobre bares de barrio.

Pimiento observaba un plato de chicharrones con una concentración casi religiosa. —Te lo digo de verdad, Antonio —dijo señalando el plato cuando el camarero dejó las cervezas—, esto tiene demasiado perejil para ser legal. —Son gourmet —sentenció el camarero sin detenerse. Pimiento levantó la vista lentamente. —Los chicharrones no pueden ser gourmet. Los chicharrones tienen que darte un poco de miedo.

Copa bebió un sorbo de fino, observando a su socio con una mezcla de cansancio y afecto. —Tú comes como si mañana fueran a prohibir el colesterol. —Y tú bebes como un aristócrata arruinado —replicó Pimiento. —Es porque tengo educación. —No. Tú lo que tienes es una tristeza elegante.

Aquello, pensó Rafael "Copa" Ortega, era bastante cierto. Llevaba años intentando aparentar que todavía controlaba el timón de su vida, pero la realidad era distinta. Había estudiado Derecho, había llevado relojes caros y trajes a medida, y luego había cometido los tres errores clásicos: apuestas, whisky y una mujer casada. Ahora sobrevivía investigando maridos infieles y compartiendo oficina con Pimiento, lo cual probablemente contaba como su última penitencia divina.

De pronto, un sonido seco cortó el bullicio. **CLAC.**

Toda la terraza enmudeció. La música de la radio pareció apagarse sola y un plato se hizo añicos contra el suelo. Un hombre acababa de desplomarse junto a la barra exterior. Los turistas miraron confundidos, pero los locales supieron ver el color de la muerte en su rostro palidísimo.

Pimiento y Copa se levantaron al unísono. Al acercarse, el dueño del bar abrió los ojos, horrorizado. —Ricardo… —susurró. Pimiento sintió un escalofrío. Aquella cara era famosa. Era Ricardo "El Niño del Chicharrón", el cocinero que había elevado la fritura a la categoría de sentimiento nacional. Y ahora estaba tirado sobre las baldosas calientes, temblando, con una mirada que Copa reconoció al instante: no era la mirada de un enfermo, sino la de alguien que sabe que ya no puede escapar de sus acreedores.

Ricardo agarró la americana de Copa con una fuerza desesperada. —La… receta… —balbuceó entre espasmos. —¿Qué receta? —preguntó Copa, arrodillándose. —Los del… aceite… no confiéis…

Y entonces, el Rey del Chicharrón expiró.

En el silencio que siguió, solo roto por el ruido metálico del ventilador (*CRRRRRRR*), Pimiento notó algo extraño. Miró hacia el otro lado de la calle y creyó ver a un hombre inmóvil, con traje claro, observándolos fijamente antes de desvanecerse entre la multitud.

Debajo de la mano del muerto había una servilleta grasienta. Pimiento la cogió con un movimiento rápido. —¿Acabas de robar una prueba? —le susurró Copa, horrorizado. —La estoy preservando —respondió Pimiento, mientras leía el mensaje garabateado con urgencia:

"NO CONFIÉIS EN LOS DEL ACEITE."

A lo lejos, las sirenas empezaron a desgarrar el aire pesado de Triana. Copa tuvo la certeza de que su oficina de investigaciones de poca monta acababa de cerrar el caso de los maridos infieles para abrir uno que olía a algo mucho más quemado que el aceite de Ricardo.

CAPÍTULO 2: EL BAR DE LOS SILENCIOS

Las sirenas aullaban por Triana como si hubieran regalado jamón en la comisaría, pero Pimiento y Copa ya cruzaban el puente a una velocidad que no era correr, pero se le parecía mucho. Iban a ese ritmo de "aquí no ha pasado nada pero por si acaso aprieta el paso", esa marcha atlética que solo dominan los que le deben dinero a alguien.

El Guadalquivir reflejaba las luces de la ciudad con una calma insultante, ajeno a que el mayor experto en fritura del barrio acababa de quedarse más tieso que una mojama. Sevilla, desde el puente, era una postal preciosa; de cerca, seguía oliendo a cerveza derramada, humo de adobo y decisiones de las que te arrepientes al tercer cubata.

Pimiento miró hacia atrás por sexta vez, ajustándose la camisa roja que ya tenía más cercos de sudor que un mapa de las marismas. —Rafa, nos siguen. Lo noto en el vello de la nuca, que lo tengo erizado como un gato en una azotea. —Son ambulancias, Pimiento. No seas hipocondríaco del delito. —Una ambulancia también intimida si el que va dentro eres tú —replicó Pimiento—. Además, he visto a un tío con un traje claro que tenía una cara de mala leche que no se le quitaba ni ganando el Euromillón.

Copa ni lo escuchaba. Su cerebro de abogado arruinado procesaba las últimas palabras de Ricardo: *"Los del aceite"*. En Sevilla, eso podía significar desde una mafia de exportación hasta una cofradía que se había pasado con la cera. —Sevilla es un pueblo grande, Pimiento. Aquí todo el mundo se conoce, pero nadie sabe nada cuando aparece un fiambre entre los chicharrones.

Llegaron a una calle tan estrecha que si dos personas se cruzaban tenían que pedirse permiso de residencia. Allí, bajo un cartel oxidado que probablemente no se limpiaba desde la visita de los Reyes Católicos, estaba **Casa Manolo el Mudo**.

—Este sitio da miedo, Rafa. Aquí entras con salud y sales con una orden de embargo —susurró Pimiento al entrar. —Dijiste lo mismo de la gestoría el mes pasado. —Porque en la gestoría también olía a rancio y a sueños rotos.

El bar estaba detenido en un bucle temporal de 1987. La luz era de un amarillo "ictericia" que hacía que todos los clientes parecieran figurantes de una película de terror de bajo presupuesto. Había fotos de toreros que ya no estaban en este mundo, cabezas de toro con mirada de juicio final y un ventilador que giraba con una lentitud tan depresiva que daban ganas de invitarlo a una copa.

Cuatro ancianos jugaban al dominó en un rincón con una violencia contenida. **CLACK.** El sonido de las fichas contra la mesa de madera sonaba como disparos en una iglesia. El camarero, un hombre que parecía haber sido esculpido en piedra pómez, limpiaba un vaso con un trapo que tenía más historia que el Archivo de Indias.

—Aquí esconden cadáveres, pongo la mano en el fuego —murmuró Pimiento. El camarero, sin levantar la vista, respondió con una voz que rascaba: —Antes sí. Ahora no caben porque los de Urbanización me han puesto una estantería nueva.

Pimiento parpadeó, descolocado. —¿Ves, Rafa? Humor negro sevillano. Estamos en el sitio correcto.

Copa se sentó con la elegancia de quien va a pedir un Dry Martini aunque sepa que solo hay Cruzcampo caliente. El camarero les puso dos finos sin que abrieran la boca. —Aquí no hacemos preguntas —dijo el hombre de piedra. —Perfecto —soltó Pimiento—, porque nosotros traemos las respuestas y nos sobran tres o cuatro.

Uno de los viejos del dominó, que tenía una piel tan curtida que parecía un maletín de cuero, habló sin mirar sus fichas: —El Niño del Chicharrón sabía demasiado. Y el que sabe mucho en este barrio, termina con la boca llena de hormigas.

El ambiente en el bar cambió de golpe. Los ventiladores parecieron pararse y hasta la televisión, donde un tertuliano gritaba sobre si el gazpacho era una sopa o una bebida, bajó el volumen sola. —¿Qué sabía? —preguntó Copa, inclinándose hacia delante.

CLACK. Otra ficha de dominó golpeó la mesa. —Sobre el aceite. Sobre el Rey Cruje.

Copa sacó la servilleta grasienta con el mensaje de Ricardo y la puso sobre el mostrador. En cuanto el camarero vio la letra, dejó de limpiar el vaso. Se hizo un silencio de esos que solo ocurren en Sevilla cuando se le cae la corona a una virgen en plena procesión. —Guardad eso si no queréis que el siguiente chicharrón gourmet de la carta sea vuestro hígado —dijo el camarero mirando a la puerta.

—Eso ha sido muy directo, ¿no? —Pimiento intentó sonreír, pero le salió una mueca de pánico—. Yo es que soy más de morir por causas naturales, como un atracón de gambas o una discusión sobre el VAR.

El camarero señaló una puerta al fondo, junto a un calendario de 1994 donde todavía salía una modelo en bañador junto a un tractor. —Ricardo venía aquí a hablar con gente que prefiere seguir viva. Si buscáis la verdad, entrad ahí. Pero os aviso: la verdad en esta ciudad siempre mancha.

Copa se levantó, ajustándose la americana. —Voy a echar un vistazo. Pimiento, quédate aquí y vigila. —¿Vigilar? Rafa, si sale alguien con una escopeta, yo no te aviso, yo te adelanto por la izquierda.

Copa entró en el despacho. Era una cápsula del tiempo llena de archivadores metálicos, olor a tabaco de contrabando y un dibujo enorme en la pared de un cerdo con corona de oro. Debajo, una frase que le heló la sangre: **"EL REY CRUJE"**.

Empezó a rebuscar entre los papeles. Facturas de aceite por valor de millones de euros. Movimientos de dinero entre freidurías de barrio y empresas de Panamá. Aquello no era una mafia de cocina; era un imperio.

De repente, fuera se escuchó un grito: —¡¡ESO NO ERA PENALTI NI AUNQUE LO PITE EL PAPA DE ROMA CON LA INFALIBILIDAD DE SERIE!!

Copa salió pitando. El bar entero estaba ahora enzarzado en una pelea futbolística de proporciones bíblicas. Uno amenazaba con un jamón, otro agitaba el abanico como si fuera una cimitarra y Pimiento intentaba mediar mientras se comía una tapa de aceitunas que nadie le había servido.

—¡Rafa! —gritó Pimiento— ¡Vámonos! ¡Que Sevilla pasa del asesinato al fútbol en tres segundos y aquí va a haber más heridos que en la guerra de los cien años!

El camarero se les acercó en mitad del caos y le encajó un papel doblado a Copa en el bolsillo. —Buscad a Curro en Los Remedios. Si alguien sabe quién es El Rey Cruje, es él. Pero id por la puerta de atrás. —¿Por qué? —preguntó Copa.

El camarero miró hacia la entrada principal. Un hombre con traje claro y una mirada de hielo acababa de cruzar el umbral, ignorando la pelea de fútbol y fijando sus ojos directamente en ellos.

—Porque acaba de entrar el que le cobraba el aceite a Ricardo —susurró el camarero—. Y no viene a traeros el cambio.

CAPÍTULO 3: LA RECETA MALDITA

El piso del tío Curro estaba en Los Remedios, en una de esas calles sevillanas donde parece que el tiempo se ha cansado de avanzar y ha decidido pedir una excedencia. Los edificios eran bajos, las persianas estaban siempre a media asta —como si estuvieran de luto eterno por el fresco perdido— y el aire olía a una mezcla sagrada de café recién hecho, lejía de la buena, comida casera y el calor acumulado en las paredes desde la Expo 92.

Eran casi las dos de la madrugada y Sevilla seguía sudando. Pimiento subía las escaleras arrastrando los pies con la elegancia de un zombi de bajo presupuesto.

—Te digo una cosa, Rafa —jadeó Pimiento, agarrándose a la barandilla como si fuera un náufrago—. Si sobrevivimos a esta noche, yo me retiro de la investigación. Me monto un puesto de caracoles y que le den por saco a las intrigas. —¿Y de qué piensas vivir en invierno? —preguntó Copa, que seguía detrás, serio pero con la americana ya colgando de un dedo por puro instinto de supervivencia. —De las rentas emocionales y de vender croquetas con criptomonedas. Yo qué sé, algo inventaré.

Llegaron al tercero B. El descansillo olía a ese suavizante barato que penetra en el alma. Pimiento aporreó la puerta. —¡TÍO CURRO! ¡ABRE, QUE SOY YO!

—¡NO GRITES, SO PEDAZO DE ANIMAL, QUE NO ESTOY MUERTO TODAVÍA! —rugió una voz desde el interior.

La puerta se abrió y apareció el Tío Curro. El hombre era el prototipo de la resistencia sevillana: camiseta de tirantes blanca, sandalias con calcetines (el pecado original), una barriga respetable ganada a base de mucha tapa de ensaladilla y una cara de haber discutido con tres generaciones de árbitros de fútbol. Nada más ver a Pimiento, le señaló con un dedo que parecía una morcilla de Burgos.

—Me debes treinta euros de la última vez, tieso. —Hola a ti también, tito. Mira, este es Rafael. Mi socio. Curro miró a Copa de arriba abajo, deteniéndose en sus botines limpios. —Tiene cara de abogado divorciado que todavía cree que la culpa fue de ella. Copa suspiró. —Es mi marca personal, no puedo evitarlo.

Entraron. El salón era una mezcla entre museo de antigüedades cofrades, trastero emocional y búnker de supervivencia. Había figuritas religiosas que te miraban con juicio clínico, ceniceros de cristal llenos de clips —porque nadie fumaba, pero el cenicero es sagrado—, fotos del Betis de cuando todavía se jugaba en blanco y negro y un televisor gigantesco encendido sin volumen donde un señor vendía una mopa milagrosa.

—Hablad —sentenció Curro, dejando dos cervezas sobre una mesa camilla que tenía más capas de tela que una cebolla.

Copa sacó la servilleta grasienta. La puso sobre la mesa con la solemnidad de quien entrega el acta de una constitución. **"NO CONFIÉIS EN LOS DEL ACEITE."**

La reacción de Curro fue instantánea. La guasa desapareció. Se quedó más serio que un paso de palio en una cuesta. Se sentó lentamente, y el sofá emitió un quejido que parecía el lamento de un animal herido. —¿De dónde habéis sacado esto? —Ricardo ha muerto esta noche en una terraza de Triana —respondió Pimiento, olvidándose de los chistes por un momento.

Curro bajó la mirada y, de repente, pareció diez años más viejo. —Maldita sea... Ricardo no era un santo, pero hacía la mejor fritura de este lado del Guadalquivir. —¿Qué es "la receta", Curro? —preguntó Copa—. Ricardo murió diciendo algo sobre una receta y unos tipos del aceite.

Curro bebió un trago largo de cerveza, como si necesitara limpiar el conducto antes de soltar la verdad. —La receta no es solo para que el chicharrón cruja, chavales. Hace treinta años, el padre de Ricardo

y un tal Mauricio Cárdenas descubrieron algo. Una forma de tratar el aceite de girasol para que pareciera de oliva virgen extra de primera prensa, pero con un coste de céntimos. Pimiento parpadeó. —¿Un fraude alimentario? ¿Tanta sangre por un poco de aceite de garrafón? —No seas simplista, sobrino —le cortó Curro—. En Sevilla, si controlas el aceite de las freidurías, controlas el flujo de efectivo de media ciudad. Miles de bares, miles de mercadillos, miles de eventos. Es una lavandería de dinero en forma de adobo. Mauricio quería expandirse, montar una red nacional. Ricardo quería mantener la calidad y el negocio familiar.

Curro se levantó y, tras rebuscar en un mueble donde guardaba fotos de comunión y facturas de la luz de 1984, sacó una fotografía vieja. En ella se veía una nave industrial con un cartel que decía: **ACEITES SANTA JUSTA**. —Ahí empezó todo. Mauricio se volvió loco con el dinero. Empezaron a pasar cosas. Incendios "accidentales", amenazas, gente que se mudaba de ciudad de la noche a la mañana sin maletas...

—¿Y quién es "El Rey Cruje"? —soltó Copa—. Lo vimos pintado en el bar de Manolo.

El silencio que siguió fue tan espeso que se podía cortar con un cuchillo de sierra. Curro se acercó a la ventana, apartó la cortina con cuidado y miró hacia la calle sombría de Los Remedios. —El Rey Cruje no es un hombre, Rafael. Es el nombre de la organización. Son los que deciden quién pone un bar en Sevilla y quién no. Los que deciden qué aceite se usa y a quién se le compra la mercancía. Mauricio es solo el relaciones públicas con traje caro. Detrás hay gente que no sale en las fotos de la prensa, pero que tiene a la mitad del ayuntamiento desayunando de su mano.

—Pues estamos apañados —dijo Pimiento—. Hemos pasado de buscar maridos infieles a meternos en una guerra de cárteles de la grasa.

En ese momento, desde la calle, se escuchó el chirrido de unos neumáticos. Pimiento se asomó por encima del hombro de su tío. Abajo, en doble fila, un Mercedes gris acababa de aparcar. El conductor no apagó las luces. Eran dos ojos amarillos vigilando la entrada del bloque.

—Curro... —susurró Pimiento—, ¿tu vecino tiene un Mercedes gris? —Mis vecinos tienen todos Seat Ibiza o andan en patinete, sobrino.

Curro cerró la cortina de golpe y les dio un empujón hacia la cocina. —Salid por el patio de luces. Id a ver a la Paqui, en la calle Pureza. Ella tiene la libreta de registros de la fábrica vieja. Si alguien puede hundir a Mauricio, es lo que hay escrito en esa libreta. —¿La Paqui? —preguntó Copa— ¿La que vende flores? —La misma. Pero no os dejéis engañar por los claveles. Esa mujer ha visto más crímenes que la Agatha Christie y tiene más mala leche que un inspector de Hacienda un lunes por la mañana.

—¡Corred! —gritó Curro mientras se oían pasos pesados subiendo las escaleras de mármol.

Pimiento y Copa se lanzaron por la ventana de la cocina hacia la escalera de incendios justo cuando la puerta del salón empezaba a vibrar bajo los golpes de alguien que no venía a pedir sal.

—¡Rafa! —gritó Pimiento mientras bajaba a toda mecha— ¡Como me manche la camisa roja de grasa de cocina, te juro que me entrego a la policía!

CAPÍTULO 4: EL FBI DE LAS VECINAS

A las once de la mañana, Sevilla ya no era una ciudad; era una freidora industrial sin termostato. El aire vibraba sobre el asfalto de la calle Pureza con una intensidad que te hacía dudar de si estabas caminando por Triana o por el mismísimo centro del sol.

Pimiento avanzaba con un café helado en la mano y las gafas de sol tan pegadas a la cara que probablemente ya formaban parte de su ADN. A su lado, Copa intentaba mantener la compostura elegante, pero el sudor empezaba a traicionarlo por la espalda de la camisa.

—Te digo una cosa, Rafa —dijo Pimiento, esquivando a un grupo de turistas que miraban un azulejo con cara de no entender nada—. Las personas que dicen que "les gusta la calor" deberían estar en un centro de máxima seguridad. O en un convento de clausura, para que no extiendan el virus de la locura. —Tú llevas camisa negra hoy, Pimiento. No te quejes del diseño térmico. —El negro estiliza, Copa. Y si me muero de un golpe de calor en mitad de la calle, por lo menos que el forense diga: "Mira qué tío más elegante nos ha llegado hoy".

Se detuvieron ante un bloque de pisos que tenía más macetas de gitanillas que ladrillos. Arriba, en los balcones, el sistema de vigilancia más avanzado de Occidente ya se había puesto en marcha: **las vecinas**.

No observaban. Controlaban. Eran como satélites espía, pero con bata de boatiné y abanico de madera. Una señora con rulos y una mirada que atravesaba el hormigón los analizó desde el segundo piso mientras comía pipas con una cadencia militar.

—¡El de rojo tiene cara de estar buscado por la justicia! —gritó la vecina desde arriba, señalando a Pimiento. Pimiento se detuvo indignado, bajándose las gafas. —¡Oiga, señora! ¡Que es carmesí pasión! ¡Y lo que tengo es cara de sueño, que no es delito todavía!

—¡Pues arréglate ese cuello, que pareces un bandolero de Sierra Morena! —remató la mujer antes de meterse para adentro.

Copa no pudo evitar una carcajada que casi le cuesta la poca dignidad que le quedaba. —Vámonos para arriba, Pimiento. Antes de que nos hagan un perfil psicológico completo desde el cuarto.

Subieron las escaleras. El edificio olía a ese aroma sagrado de las mañanas de barrio: suavizante Flor, café torrefacto y el sofrito de un puchero que ya estaba cogiendo cuerpo. Llamaron al 2ºA. La puerta se abrió antes de que terminaran de tocar el timbre, como si la dueña llevara diez minutos mirando por la mirilla.

—Pasad, criaturas, antes de que os derritáis en el rellano —dijo la Paqui.

La Paqui era una institución. Llevaba una bata de flores que habría cegado a un daltónico y unas zapatillas de casa con las que caminaba con la autoridad de una general de cinco estrellas. Su salón era un campo de minas de figuritas de porcelana, tapetes de ganchillo y fotos de comunión. Pero lo más importante: olía a gloria bendita.

—Sentarse. Tenéis cara de no haber comido desde la Expo —sentenció la Paqui, plantando un tupper de croquetas sobre la mesa camilla—. Comed, que las penas con bechamel son menos penas.

Pimiento se lanzó a por una croqueta como si fuera el último recurso de la humanidad. —Señora Paqui... usted debería ser Patrimonio de la Humanidad. Esto no es comida, es un abrazo al corazón.

Copa, intentando recuperar el hilo profesional, sacó la foto que les dio Curro. —Paqui, necesitamos saber de este hombre. Mauricio Cárdenas. Curro nos ha dicho que usted sabe qué pasaba en la fábrica vieja de Santa Justa.

La Paqui se puso unas gafas de ver de esas que tienen una cadena de oro y miró la foto con un desprecio que habría congelado el

Guadalquivir en pleno agosto. —Ese... —escupió—. Ese aparca fatal.

Pimiento se quedó con la croqueta a medio camino. —¿Cómo que aparca fatal? ¿Ese es el gran secreto criminal? —Hijo, el que no respeta un vado no respeta la vida humana —respondió la Paqui con una lógica aplastante—. Venía a la fábrica todas las noches a las doce menos cuarto. En un Mercedes gris de esos que brillan más que la calva de un santo. Se reunía con Ricardo y con otros dos que olían a colonia cara y a malas intenciones.

La Paqui sacó de debajo de un ejemplar del *¡Hola!* una libreta pequeña, de tapas azules y llena de tachones. —Aquí lo tengo todo apuntado. Porque en este barrio, si no lo apuntas, se te olvida, y si se te olvida, te la pegan.

Copa abrió la libreta. Lo que vio no eran cotilleos. Eran registros de matrículas, horas de entrada de camiones cisterna y una lista de nombres que hacía que el Ibex 35 pareciera una reunión de vecinos.

—"Día 14: Entran tres cisternas sin rotular. Mauricio llega con el del Mercedes. Salen a las tres oliendo a algo que no es aceite" —leyó Copa en voz alta—. Paqui, ¿usted sabe qué sacaban de allí?

—Aceite no era, desde luego —dijo una voz nueva. Era la Encarna, la vecina del quinto, que acababa de entrar en el salón sin llamar, porque en ese bloque la privacidad era un concepto teórico—. Yo bajé una noche a tirar la basura y vi cómo cargaban cajas pequeñas, de esas de madera de las que se usan para el pescado, pero con un precinto que decía **"PROPIEDAD DEL REY CRUJE"**.

Pimiento tragó saliva. —Estamos metidos en un lío de los gordos, ¿verdad? —Hijo —dijo la Paqui, poniéndole una mano en el hombro —, en Sevilla hay gente que parece muy devota en Semana Santa pero que el resto del año le vende el alma al diablo por tres céntimos de beneficio. Mauricio no es más que el recadero. Los que de verdad mandan en el "aceite" están ahora mismo sentados en

despachos con aire acondicionado mientras vosotros sudáis la gota gorda.

En ese momento, el teléfono fijo de la Paqui empezó a sonar. Ella lo cogió, escuchó dos segundos y colgó con la cara demudada. —Salid por el patio de luces. Ahora mismo. —¿Qué pasa? —preguntó Copa levantándose de un salto. —La Mari de la esquina acaba de ver el Mercedes gris girando la calle. Y no viene a comprar claveles.

—¡Vámonos, Rafa! —gritó Pimiento agarrando el tupper de croquetas (porque un detective no puede trabajar con el estómago vacío)—. ¡Como me pillen estos tíos antes de terminarme el almuerzo, no respondo!

Salieron por la ventana de la cocina hacia el callejón trasero, justo cuando el sonido de un motor potente retumbaba en la puerta del bloque. Sevilla seguía ardiendo, pero ahora, el fuego lo tenían justo en los talones.

CAPÍTULO 5: LA FÁBRICA DE LAS SOMBRAS

La antigua fábrica de aceite estaba a las afueras, allí donde Sevilla deja de ser una postal de azulejos y se convierte en un descampado de naves industriales, gasolineras que cierran a las ocho y perros que ladran con acento de malas pulgas.

La noche había caído pesada, pero el calor seguía pegado al suelo como un chicle en agosto. Pimiento observaba la mole de hormigón de **Aceites Santa Justa** desde el coche de Copa, intentando que el sudor no le empañara las gafas de sol, que seguía llevando puestas porque "la oscuridad es un estado mental".

—Te digo una cosa, Rafa —susurró Pimiento—. Este sitio tiene una energía muy mala. Aquí se rodó el final de una película de miedo o

aquí es donde los políticos esconden las promesas electorales que no van a cumplir. —Es una fábrica abandonada, Pimiento. ¿Qué esperabas? ¿Un hilo musical de sevillanas y un puesto de altramuces? —Espera, que el cartel está torcido y le falta la "S". Ahora pone "ACEITE ANTA JUTA". Eso ya te dice que la gestión es deficiente.

Copa apagó el motor y las luces. El silencio que siguió fue absoluto, roto solo por el clic-clic del motor enfriándose y el zumbido lejano de los grillos que, por el tono, debían de estar también al borde de la deshidratación.

—Curro dijo que aquí está la verdad —dijo Copa, ajustándose la americana por puro acto reflejo—. Y la libreta de la Paqui confirma que aquí se mueve algo que no es precisamente girasol.

Salieron del coche. El aire olía a tierra caliente y a un rastro metálico de maquinaria oxidada. Se acercaron a la valla, que tenía un agujero lo suficientemente grande como para que pasara una familia numerosa o Pimiento después de un banquete de chicharrones.

—Rafa, mi camisa carmesí se ha enganchado en un alambre —siseó Pimiento—. Esto es un ataque directo al patrimonio textil de Triana. —Cállate y camina.

Entraron en la nave principal. El haz de la linterna de Copa cortaba la oscuridad como un cuchillo. Dentro, el espacio era inmenso. Sombras de prensas antiguas se alzaban como monstruos dormidos. Pero, tal como dijo la Paqui, había algo que no encajaba: el suelo. En mitad del polvo acumulado durante décadas, había rodadas de neumáticos recientes y una zona central que brillaba, limpia como los chorros del oro.

—Mira eso —señaló Copa.

Al fondo de la nave, bajo una lona que parecía haber sido puesta ayer, no había máquinas de aceite. Había cajas de plástico azul

apiladas hasta el techo. Pimiento se acercó y levantó una esquina de la lona.

—Rafa... esto no es aceite. Son garrafas, sí, pero el líquido es transparente. Copa desenroscó un tapón y olió. Frunció el ceño. —Es disolvente industrial de alta pureza. O algún tipo de alcohol destilado para procesar sustancias.

—O sea, que el "Rey Cruje" no se dedica a la fritura —concluyó Pimiento, abriendo mucho los ojos—. Están usando la red de distribución de aceite de toda Sevilla para mover productos químicos. ¡Es una red de laboratorios camuflada entre adobo y pavías de bacalao! ¡Es el "Breaking Bad" de las Dos Hermanas!

De repente, una luz cenital se encendió en lo alto de la fábrica, cegándolos por completo.

—¡Vaya, vaya! —una voz elegante y gélida resonó por toda la nave, rebotando en las paredes de metal—. Los investigadores de pacotilla han encontrado la cocina.

Era Mauricio Cárdenas. Estaba de pie en una pasarela superior, impecable con un traje gris claro que parecía repeler el calor, el polvo y la decencia. A su lado, dos tipos que parecían haber sido diseñados en una fábrica de matones a sueldo los miraban con un entusiasmo nulo.

—Mauricio —dijo Copa, recuperando la voz de abogado que intimida —. Sabes que esto se ha acabado. Tenemos la libreta de la Paqui y los registros de Ricardo. —La libreta de una vieja cotilla y la palabra de un muerto —rio Mauricio—. En Sevilla, eso no vale ni para pedir una tapa de aceitunas. Lo que tenéis es una curiosidad muy peligrosa y muy poco tiempo de vida.

Pimiento, que hasta entonces estaba mudo de terror, se ajustó las gafas de sol. —Mire, Don Mauricio, vamos a negociar. Usted nos deja ir, nosotros borramos de nuestra memoria este sitio tan feo y, a

cambio, yo le doy un consejo: ese traje gris con esos zapatos marrones es un error de bulto. Parece usted un extra de una serie de abogados que cancelan en el primer capítulo.

Mauricio dejó de reír. —Matadlos. Y usad el ácido de la cuba 4. No quiero que quede de ellos ni el recuerdo de su mal gusto.

—¡Corre, Rafa! —gritó Pimiento.

Se lanzaron detrás de una prensa oxidada justo cuando una ráfaga de algo que no eran palabras de amor golpeó el metal con un estruendo ensordecedor.

—¡Pimiento, por la derecha! —ordenó Copa, señalando un conducto de ventilación. —¡Que por ahí no quepo, que la bechamel de la Paqui ha hecho su trabajo! —¡Que corras, coño!

Empezaron una carrera frenética entre máquinas viejas y charcos de aceite traicionero. Sevilla fuera seguía durmiendo, pero dentro de "Aceite Anta Juta", Pimiento y Copa estaban a punto de descubrir que, en esta ciudad, lo único que cruje más que un buen chicharrón son los huesos de los que hacen demasiadas preguntas.

CAPÍTULO 6: EL ESCAPE DEL ADOBO

El sonido de las balas impactando contra las prensas de hierro sonaba como si una banda de cornetas y tambores hubiera decidido ensayar con martillos neumáticos. Pimiento estaba cuerpo a tierra, con la cara pegada a un suelo que no veía una mopa desde que el Betis ganó la Liga.

—¡Rafa! —gritó Pimiento entre el estruendo—. ¡Diles que se detengan! ¡Diles que tengo el abono de la temporada que viene y que no es reembolsable! —¡Céntrate, Pimiento! ¡A la de tres, saltamos hacia la cinta transportadora!

Copa, que en mitad del caos seguía intentando que no se le arrugara demasiado la solapa, lanzó una llave inglesa hacia el lado contrario para distraer a los matones. El truco funcionó durante exactamente 1.5 segundos, el tiempo justo para que ambos se deslizaran por una rampa metálica cubierta de una grasa tan antigua que probablemente tenía derechos adquiridos.

Cayeron en la zona de embotellado. Allí, miles de envases vacíos esperaban ser rellenados con el "aceite especial" de Mauricio. Pimiento se levantó de un salto, sacudiéndose el polvo con una dignidad herida.

—Te digo una cosa, Copa. Como me quede una mancha de aceite de motor en la camisa, me da igual el Rey Cruje y su estirpe; me lío a paraguazos con el primero que pille. —¡Agáchate!

Mauricio Cárdenas apareció en la pasarela superior, observándolos con la frialdad de quien mira una hormiga antes de pisarla. No sudaba. Era irritante. En Sevilla, a cuarenta grados, solo los psicópatas y los maniquíes del Corte Inglés no sudaban.

—Es inútil, Ortega —sentenció Mauricio con voz aterciopelada—. Habéis llegado al final de la escapada. Entregad la libreta de la Paqui y os prometo una muerte rápida. Quizá hasta os enterremos con

vistas a la Giralda. —¡Eso no es una oferta, es una amenaza inmobiliaria! —replicó Pimiento desde detrás de una tolva.

Copa buscó una salida con la mirada. Vio una válvula de presión conectada a un tanque que ponía: **PELIGRO: VAPOR**. —Pimiento, ¿ves esa rueda roja? —La veo. —Cuando te diga "ya", gírala como si estuvieras abriendo un grifo de cerveza en la Feria.

Copa sacó su mechero de plata —un regalo de su exmujer que conservaba por pura nostalgia masoquista— y lo encendió. —¡YA!

Pimiento giró la rueda con todas sus fuerzas, emitiendo un gruñido que habría asustado a un legionario. Una nube de vapor blanco y espeso estalló en mitad de la nave, ocultándolos por completo. Mauricio y sus secuaces empezaron a toser y a disparar a ciegas hacia la niebla.

—¡Por aquí! —siseó Copa, agarrando a Pimiento por la manga.

Corrieron hacia la salida de emergencia, pero al abrirla se encontraron con el último obstáculo: el conductor del Mercedes gris. Un tipo con cara de haber desayunado clavos y sin un solo rasgo de alegría en el rostro. Tenía una navaja automática en la mano que brillaba bajo la luna como el colmillo de un lobo.

—Vaya —dijo el tipo—, los graciosos de Triana. Pimiento se detuvo, jadeando. Se subió las gafas de sol, miró al tipo de arriba abajo y soltó un suspiro de decepción. —Mira, chaval, tienes un problema grave. Ese corte de pelo "undercut" pasó de moda en 2018. Y combinarlo con esa chaqueta de polipiel... es que vas pidiendo a gritos que te detenga la policía de la moda antes que la Nacional.

El matón parpadeó, confundido por el análisis estético en mitad de un intento de asesinato. Ese segundo de duda fue todo lo que necesitó Copa para propinarle un empujón que lo mandó directo contra un contenedor de chatarra.

Llegaron al coche de Copa. Pimiento saltó dentro mientras el motor rugía. —¡Arranca, Rafa! ¡Que viene el de la polipiel con refuerzos!

Salieron de la fábrica derrapando, dejando atrás una nube de polvo y a un Mauricio Cárdenas que, por fin, empezaba a parecer ligeramente molesto. Mientras enfilaban la carretera hacia el centro de Sevilla, Pimiento abrió el tupper de croquetas que milagrosamente había sobrevivido al tiroteo.

—¿Te vas a comer eso ahora? —preguntó Copa, con el corazón todavía a doscientas pulsaciones. —Es estrés postraumático, Rafa. Necesito carbohidratos para procesar que casi nos convierten en jabón de manos. Además, la Paqui dice que el hambre agudiza el ingenio, y ahora mismo necesitamos más ingenio que un inventor japonés.

Copa miró por el retrovisor. Las luces amarillas de Sevilla empezaban a rodearlos. Estaban a salvo, de momento. Pero el mensaje de Ricardo seguía quemándoles en el bolsillo. —Pimiento... —Dime, socio. —Lo del aceite... no es solo el líquido. Es la red. Si Mauricio mueve productos químicos por toda la ciudad usando los camiones de reparto de las freidurías, significa que tienen un laboratorio central. Y ese laboratorio tiene que estar en un sitio donde nadie sospeche del olor a fritura.

Pimiento se quedó helado con una croqueta en la mano. —Un sitio con mucha fritura... con mucho movimiento... y donde nadie haga preguntas... —Exacto —concluyó Copa—. El laboratorio está en el Recinto Ferial.

Se miraron. Quedaban solo unas semanas para que empezaran a montar las casetas, y eso significaba que el Rey Cruje estaba a punto de poner en marcha la mayor operación de su historia bajo las narices de toda Sevilla.

CAPÍTULO 7: EL REAL DE LAS SOMBRAS

El recinto de la Feria en abril es un hervidero de alegría, pero en julio es lo más parecido a un escenario de una película postapocalíptica con sabor a adobo. Kilómetros de albero desierto, estructuras de casetas a medio montar que parecen esqueletos de ballenas metálicas y un sol que, incluso de noche, parece haber dejado el suelo con fiebre.

Copa aparcó el coche a tres manzanas. No quería que el Mercedes gris reconociera su matrícula. Pimiento bajó con sigilo, o al menos con lo que él consideraba sigilo, que básicamente consistía en caminar de puntillas haciendo un ruido infernal con los zapatos.

—Te digo una cosa, Rafa —susurró Pimiento, mirando las calles vacías del Real—. Estar aquí sin una jarra de rebujito en la mano me produce un vacío existencial. Es como ir a misa y que no esté el cura. —Concéntrate. Si el laboratorio está aquí, tiene que ser en una de las casetas permanentes, de las que tienen estructura de ladrillo. Algo con ventilación industrial pero que no llame la atención.

Caminaron por la calle "Pascual Márquez". El silencio era tan denso que se podía cortar con un cuchillo de los de cortar jamón del bueno. De repente, un zumbido eléctrico rompió la calma.

—¿Oyes eso? —preguntó Copa. —Suena a aire acondicionado. Y a juzgar por la potencia, eso no es para enfriar dos cervezas. Eso es para mantener fría una central nuclear.

Se acercaron a la caseta de la peña **"Los del Crujiente"**. A simple vista, parecía una caseta más: fachada de lona verde y roja, pero con una diferencia: las rejillas de ventilación superiores soltaban un vapor denso que olía a una mezcla inquietante de amoníaco y... efectivamente, calamares del campo.

—Usan el olor a fritura para camuflar los gases del laboratorio —concluyó Copa—. Es brillante. Y asqueroso.

Pimiento se asomó por una rendija de la puerta de madera. —Rafa, ahí dentro hay más tubos que en una central de la NASA. Y veo al de la polipiel. Está cargando unas cajas que ponen "Aceite de Oliva Extra-Puro". Qué sarcasmo tiene el tío.

—Tenemos que entrar y hacer fotos —dijo Copa, sacando su móvil—. Con esto y la libreta de la Paqui, el Rey Cruje se va a pasar una buena temporada a la sombra, y no precisamente a la de un naranjo.

Intentaron forzar la cerradura trasera, pero estaba más blindada que la caja fuerte del Banco de España. Pimiento, sin embargo, vio una oportunidad. —Espera, Rafa. La ventana del baño de las señoras está abierta. Es el punto débil de toda caseta de feria que se precie.

—¿Y pretendes que entremos por ahí? —Yo no. Tú. Que tienes cuerpo de modelo de pasarela de rebajas. Yo me quedo aquí vigilando que no venga el comité de bienvenida.

Copa suspiró, se quitó la americana por enésima vez y, con una agilidad que no sabía que conservaba, trepó por la reja y se coló en el interior. Pimiento se quedó fuera, apoyado en un poste, intentando silbar para disimular, pero solo le salía la sintonía de "El hombre y la tierra", lo cual no ayudaba mucho a pasar desapercibido.

Dentro, Copa se encontró con un espectáculo dantesco. El interior de la caseta había sido vaciado para albergar una red de alambiques y tanques de acero inoxidable. No hacían aceite. Estaban destilando una base química para el mercado negro, aprovechando la infraestructura de las freidurías de toda Andalucía para distribuirla.

Sacó el móvil y empezó a disparar fotos. Los alambiques, las cajas, los libros de contabilidad que estaban sobre una mesa... y entonces lo vio. Una carpeta roja con un sello dorado: **"CONSEJO DEL REY CRUJE"**.

La abrió con las manos temblorosas. No era solo Mauricio. Había nombres de concejales, de empresarios de pompa y circunstancia, de gente que salía en las portadas de sociedad. Era el mapa de la corrupción sevillana bañada en aceite de girasol.

De repente, una sombra se proyectó sobre la carpeta. —Bonitas fotos, Ortega. Salen con mucha luz, ¿verdad?

Copa se giró lentamente. Mauricio Cárdenas estaba allí, pero esta vez no llevaba traje. Llevaba una bata blanca de laboratorio y una pistola con silenciador apuntando directamente al pecho de Copa.

—Se acabó el juego, Rafael. Has sido muy persistente, pero la persistencia en esta ciudad se paga con un viaje de ida al fondo del Guadalquivir con unos pies de hormigón muy elegantes.

Fuera, Pimiento escuchó el clic de un arma. Se asomó por la rendija y vio a su socio encañonado. Se le heló la sangre. Miró a su alrededor buscando un arma, un palo, algo... y entonces vio un extintor de incendios y una caja de fuegos artificiales sobrantes de la última fiesta del barrio.

—Te digo una cosa, Mauricio —susurró Pimiento para sí mismo mientras encendía un mechero—. Como me salga bien esto, me ponen una calle en Triana.

¡BOOM!

Una explosión de luces de colores y humo estalló en la puerta principal de la caseta. Cohetes, tracas y bengalas empezaron a rebotar por todas partes como si fuera el final de la Feria de Abril en pleno julio.

—¡¡FUEGOOOOO!! ¡¡QUE EXPLOTA EL GAS!! —gritó Pimiento con la voz más aguda que pudo impostar.

En la confusión, Copa aprovechó para darle un golpe a Mauricio con la carpeta roja y lanzarse hacia la ventana del baño. Mauricio,

cegado por el humo de colores y los gritos, disparó al aire mientras intentaba proteger sus preciados alambiques.

Copa cayó al albero, donde Pimiento ya lo esperaba con el motor del coche rugiendo a lo lejos. —¡VÁMONOS, RAFA! ¡QUE HE MONTADO LA VELÁ DE SANTA ANA EN TRES SEGUNDOS!

Subieron al coche y salieron quemando rueda por la calle "Infante Carlos de Borbón", mientras detrás de ellos, la caseta de "Los del Crujiente" escupía humo de todos los colores del arcoíris.

—¡Has usado fuegos artificiales! —gritó Copa, todavía con la adrenalina por las nubes. —¡Hay que tener arte hasta para salvarte la vida, socio! —respondió Pimiento con una sonrisa de oreja a oreja —. ¿Tienes las fotos? —Tengo las fotos y la lista de nombres. Mañana, Sevilla se va a levantar con un escándalo que va a hacer que la dimisión de un alcalde parezca una anécdota.

Pimiento suspiró de alivio y buscó en el bolsillo de la puerta. —¿Te queda alguna croqueta? —Pimiento, por favor... —Es que la pirotecnia me abre el apetito, Rafa. Es un rasgo genético.

CAPÍTULO 8: TRAICIÓN CON OLOR A INCIENSO

Copa conducía por la Avenida de la Constitución con la mandíbula tan apretada que podría haber partido una almendra. A su lado, Pimiento intentaba recomponerse la camisa roja, que tras la explosión de la caseta tenía un lamparón de pólvora y otro de bechamel.

—Te digo una cosa, Rafa —dijo Pimiento, mirando de reojo la carpeta roja que Copa llevaba sobre las rodillas—. Esa lista de nombres pesa más que el paso de la Macarena. Ahí hay gente que sale en el Pregón de la Semana Santa y gente que tiene palco VIP en la Maestranza. —Por eso mismo no podemos ir a cualquier sitio, Pimiento. Si esto cae en las manos equivocadas, mañana aparecemos flotando en el muelle de las Delicias y la prensa dirá que fue un "accidente de navegación".

Llegaron a la Jefatura de Policía. Copa frenó en seco. —Vamos a buscar al inspector Delgado. Es el único que no tiene un Mercedes gris en la puerta de su casa.

Entraron en comisaría con la urgencia de quien lleva un aviso de bomba. El aire acondicionado del vestíbulo les dio un bofetón de realidad, pero no duró mucho. En el mostrador, un agente con cara de haber pasado la noche vigilando una obra los miró con desgana.

—Queremos ver a Delgado —soltó Copa, enseñando su carné de abogado como si fuera una placa del FBI. —Delgado está en una reunión. Esperen ahí.

Se sentaron en unos bancos de plástico que tenían la ergonomía de un cilicio. Pimiento no dejaba de mover la pierna. —Rafa, ese policía del mostrador está hablando por teléfono y no me quita el ojo de encima. Y no es por mi atractivo natural, que hoy estoy de capa caída. —No seas paranoico.

Pero Pimiento tenía un instinto para el peligro que solo se desarrolla cuando le debes dinero a medio barrio de Triana. Vio cómo dos agentes que no eran Delgado salían por una puerta lateral, ajustándose la porra y mirando hacia ellos con una intensidad poco profesional.

—Rafa... —susurró Pimiento—, vámonos de aquí. AHORA.

Copa vio lo mismo. Se levantaron con disimulo, pero en cuanto enfilaron la puerta de salida, el policía del mostrador gritó: —¡EH, VOSOTROS! ¡ALTO AHÍ!

—¡CORRE, RAFA, QUE EL REY CRUJE TIENE HASTA EL CARNÉ DE LA BIBLIOTECA DE ESTA GENTE! —bramó Pimiento.

Salieron a la calle San Fernando y se tiraron dentro del coche. Copa arrancó derrapando mientras un coche patrulla ponía las sirenas justo detrás.

—¿Pero cómo van a ser ellos los malos? —gritaba Copa mientras esquivaba un autobús de Tussam por un pelo. —¡Hijo, que en esta ciudad el que no tiene un primo en el ayuntamiento tiene un cuñado en la policía! ¡Y el aceite de Mauricio paga muchas hipotecas!

La persecución se metió de lleno en las callejuelas del barrio de Santa Cruz. El coche de Copa, un sedán que ya pedía la jubilación, pasaba rozando las paredes blancas de las calles más estrechas.

—¡Copa, que nos dejamos la pintura en la pared! —chillaba Pimiento, encogiendo los hombros cada vez que el retrovisor pasaba a milímetros de un balcón lleno de geranios. —¡Mejor la pintura que el pellejo! ¡Agárrate!

Giraron por la calle Mateos Gago, con la Giralda observando el espectáculo con la paciencia de quien ha visto invasiones, terremotos y ahora a dos investigadores huyendo en un coche desvencijado. Pimiento, en un alarde de reflejos, sacó el brazo por la ventanilla.

—¿Pero qué haces, loco? —le gritó Copa. —¡Poner el intermitente con la mano, que el coche de atrás no sabe que voy a girar por la Alfalfa!

Llegaron a la Plaza de la Alfalfa, un laberinto de gente tomando cañas que se quedó de piedra al ver pasar un coche a toda mecha perseguido por la ley. Copa pegó un volantazo hacia la calle Alcaicería. Era tan estrecha que el coche patrulla, un modelo más moderno y ancho, se quedó encajado entre dos fachadas con un crujido de metal que dolió hasta en el alma.

—¡TOMA YA! —gritó Pimiento, haciendo un corte de mangas hacia atrás—. ¡Eso por multarme el mes pasado por aparcar en doble fila para comprar un bocadillo de pringá!

Copa frenó el coche en un callejón sin salida cerca de la calle Sierpes. Estaban jadeando, con el corazón en la boca. El silencio de la siesta sevillana los rodeó de nuevo.

—Rafa... no podemos confiar en nadie —dijo Pimiento, limpiándose el sudor de la frente—. Si la policía está metida, estamos solos. —No estamos solos del todo —respondió Copa, mirando la carpeta—. Tenemos las pruebas. Pero Mauricio sabe que las tenemos. Y no va a parar hasta que nos vea crujir.

En ese momento, el móvil de Copa vibró. Era un mensaje de un número desconocido: *"Puente de Triana. Doce de la noche. Venid solos con la carpeta o la Paqui y el Tío Curro no llegan a ver la luz de la mañana. Atentamente, El Rey Cruje."*

Pimiento leyó el mensaje y se quedó blanco. —Han ido a por los viejos, Rafa. Eso sí que no. Con la fritura se puede jugar, pero con la familia... con la familia me pongo yo más negro que un tinto de verano de garrafón.

Copa guardó el móvil y miró hacia el Guadalquivir. —Prepara lo que tengas, Pimiento. Esta noche el puente va a ser el escenario de

nuestro último juicio. O del suyo.

—Tengo un mechero, medio paquete de pipas y un arte que no se puede aguantar —dijo Pimiento, ajustándose las gafas de sol aunque ya era de noche—. Vamos a por ellos, socio.

CAPÍTULO 9: DUELO BAJO EL ALTOZANO

La medianoche en el Puente de Isabel II —que para los que tienen arte es el Puente de Triana y punto— era un escenario de cine negro con olor a jazmín y a escape de moto. Las farolas de hierro fundido proyectaban sombras alargadas sobre el albero del Altozano, y el río, allá abajo, corría oscuro y profundo, guardando secretos que llevaban allí desde los fenicios.

Pimiento y Copa caminaban por el centro del puente. Pimiento iba inusualmente callado, apretando la carpeta roja contra su pecho como si fuera el Santo Grial. Copa, a su lado, mantenía las manos en los bolsillos de la americana, pero sus ojos escaneaban cada rincón: los bajos del mercado, la estatua de Belmonte y los coches aparcados.

—Te digo una cosa, Rafa —susurró Pimiento—. Si muero aquí, quiero que esparzas mis cenizas en el aceite de la primera freiduría que abra por la mañana. Para seguir dando guerra en el paladar de los trianeros. —Cállate, Pimiento. Nadie va a morir hoy.

En mitad del puente, bloqueando el paso hacia el Altozano, estaba el Mercedes gris. Y apoyado en el capó, Mauricio Cárdenas. Esta vez no llevaba traje ni bata de laboratorio. Vestía una guayabera blanca impecable, pero en su mano derecha sostenía algo que no era un abanico: una pistola con el cañón apuntando al suelo.

A su lado, el matón de la polipiel sujetaba del brazo a la Paqui y al Tío Curro. Los dos viejos parecían más indignados que asustados.

—¡Soltadme, pedazo de malaje! —gritaba la Paqui—. ¡Que tengo el puchero puesto y como se pegue el garbanzo te meto el paraguas por donde no te da el sol! —¡Y a mí me debes los treinta euros del sobrino, que lo sepas! —añadía el Tío Curro, señalando a Mauricio con su bastón.

Mauricio sonrió con una frialdad que helaba la sangre. —Basta de sainetes. La carpeta, Ortega. Dadme la carpeta y los viejos podrán irse a dormir. Si no, el río tiene sitio para cuatro más esta noche.

Copa dio un paso adelante, levantando la mano. —La carpeta tiene copias, Mauricio. Si nos pasa algo, los servidores de tres periódicos nacionales recibirán las fotos de tus laboratorios y la lista de tus "socios" del ayuntamiento antes de que amanezca.

—Mentira —escupió Mauricio—. No habéis tenido tiempo. Entregadla ya.

Pimiento avanzó entonces, poniéndose delante de Copa. Se bajó las gafas de sol y miró a Mauricio directamente a los ojos. —Mira, Don Mauricio. Usted sabrá mucho de química y de influencias, pero de Sevilla no tiene ni idea. En esta ciudad, el que toca a una madre o a un tito, se busca la ruina eterna.

De repente, Pimiento abrió la carpeta, pero no para entregarla. Sacó un spray que llevaba escondido: un bote de insecticida de los potentes que le había "prestado" a la Paqui. —¡RAFA, AHORA!

Pimiento vació el bote en la cara del de la polipiel, que soltó a los viejos para frotarse los ojos gritando como un poseso. Al mismo tiempo, el Tío Curro, con una agilidad de centrocampista veterano, le soltó un bastonazo en la espinilla a Mauricio que se escuchó hasta en la Giralda.

—¡¡AYUDAAAAAA!! ¡¡AL LADRÓN!! ¡¡QUE LE QUIEREN ROBAR EL ORO A LA VIRGEN!! —empezó a gritar la Paqui con una potencia de voz que activó todas las alarmas de los coches de la calle Betis.

Mauricio, dolorido y cegado por la confusión, intentó apuntar con su arma, pero Copa se lanzó sobre él. Rodaron por el suelo del puente, entre el metal y el asfalto. Mauricio era fuerte, pero Copa tenía la fuerza del que no tiene nada que perder.

—¡La carpeta, Pimiento! ¡Tírala al río si es necesario! —gritó Copa mientras forcejeaba.

Pero Pimiento no la tiró. Vio que un grupo de chavales en vespino, alertados por los gritos de la Paqui, se acercaban por el puente. —¡EH, NIÑOS! ¡QUE ESTE ES EL QUE SUBE EL PRECIO DE LA CERVEZA! —gritó Pimiento.

Esa frase fue el final de Mauricio Cárdenas. En Sevilla se pueden perdonar muchas cosas, pero que alguien toque el precio de la caña es pecado mortal. En pocos segundos, una pequeña multitud de noctámbulos, camareros que salían del turno y vecinos en pijama rodearon el Mercedes gris.

Mauricio intentó zafarse, pero se vio rodeado. En ese momento, las sirenas —las de verdad, las de los policías que no estaban a sueldo del Rey Cruje— empezaron a iluminar de azul las fachadas de Triana. El inspector Delgado encabezaba el despliegue.

—Cárdenas, suelta el hierro —ordenó Delgado con voz de trueno—. Se acabó el aceite.

Mauricio dejó caer la pistola, derrotado. El de la polipiel seguía estornudando por el insecticida de la Paqui.

Pimiento se acercó a su socio, que estaba sentado en el suelo, con la americana destrozada y un labio partido, pero sonriendo. —Rafa... te digo una cosa. —Dime, Pimiento. —Esa técnica de combate de "me

tiro encima y que sea lo que Dios quiera" es muy efectiva. Deberías patentarla.

Copa se levantó, ayudado por Pimiento. Miraron cómo se llevaban a Mauricio esposado. La Paqui se acercó a ellos y les dio un beso a cada uno, dejando una marca de carmín que brillaba bajo las farolas. —Sois unos valientes. Pero la próxima vez me avisáis con tiempo, que he dejado el aire acondicionado puesto y eso gasta una barbaridad.

El Tío Curro se sacudió la camiseta de tirantes. —Bueno, ¿qué? ¿Nos vamos a desayunar unos calentitos o qué? Que con tanto susto me ha bajado el azúcar.

Copa miró a Pimiento. El sol empezaba a asomar tímidamente por detrás de la Torre del Oro, tiñendo el cielo de un color naranja que, por una vez, no parecía calor, sino esperanza. —Vamos a desayunar, Pimiento. Pero invito yo. —Faltaría más, socio. Que yo todavía tengo que pagarle al de la tintorería lo de la camisa roja.

Caminaron hacia el Altozano, cuatro figuras recortadas contra el amanecer de una Sevilla que, gracias a un abogado arruinado y a un tipo con gafas de sol en plena noche, volvía a oler solo a lo que tenía que oler: a vida, a río y, por supuesto, a unos buenos chicharrones que no le tenían miedo a nadie.

EPÍLOGO: LA ÚLTIMA TAPA

Semanas después, en la oficina de **"Investigaciones Pimiento & Copa"** (ahora con el cartel recién pintado), el ventilador seguía haciendo ruido, pero el aire se sentía distinto. En la mesa, un plato de chicharrones gourmet —de los de verdad, de los que dan miedo — presidía la reunión.

—Rafa, nos ha llegado un caso nuevo —dijo Pimiento, ajustándose una camisa nueva, esta vez de un verde esperanza que dolía a la vista. —¿De qué se trata? ¿Otro marido infiel? —No. Una señora de la Macarena dice que su canario ha empezado a cantar por bulerías y sospecha que alguien lo ha cambiado por un doble de una red de tráfico de aves artistas.

Copa suspiró y sonrió, cogiendo un chicharrón. —Pimiento... —Dime, socio. —Coge las gafas. Nos vamos a la Macarena.

FIN